

ANTROPOLOGÍA DEL ALUMNO EN LOS TEXTOS PEDAGÓGICOS DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE Y LOS PRIMEROS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS: UN PUNTO DE PARTIDA PARA LA REFLEXIÓN Y LA PRÁCTICA PEDAGÓGICA LASALLISTA HOY

*H. Enrique Alejandro González Cerna, fsc
Distrito de México-Norte*

RESUMEN

Se trata de un breve análisis de las novedades en la concepción de De La Salle y los primeros Hermanos sobre sus alumnos, a partir de las prácticas educativas propuestas en los textos pedagógicos de los orígenes del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, presentado como punto de partida para una reflexión sobre la práctica pedagógica y la concepción del alumno lasaliano actual.

Palabras-clave: niño, antropología, escuela lasallista, prácticas educativas.

Introducción

Hoy La Salle somos nosotros. Y lo somos en más de 80 países del mundo; lo somos en decenas de lenguas, centenares de ciudades, en millares de aulas y para millones de personas. Como una de las organizaciones educativas más grandes del mundo - la mayor según algunos estudios - nos enorgullecemos de nuestra historia y de nuestra trayectoria, tenemos premios de la UNESCO y de las ferias mundiales que podemos presumir; contamos con Hermanos y Maestros en los altares de la Iglesia, pero también en los de la ciencia, la cultura y la lucha social. Más allá de todo esto, hemos de reconocer, sin embargo, que nuestra grandeza se construye de multitud de pequeñeces, es decir, que lo importante es nuestra labor, desde la mirada de Fe, que es la única que el Fundador nos legó como válida para leer nuestra misión. De hecho, lo más importante no es el número de países, ni siquiera el número de personas, sino ésta y aquella persona en específico, cada uno y cada una de los que el Señor De La Salle llamaría los que Dios “nos encomienda”.

La escuela, el aula y el maestro lasallista podrán tener excelencia en lo académico, en lo infraestructural, en la preparación y en cualquier otra cosa y, sin embargo, podrían fallar del todo si no fuesen capaces de “tocar corazones”, como decimos en el lenguaje lasallista. De La Salle lo tenía claro cuando en sus *Meditaciones* nos asigna títulos de peso teológico y humano como “ministros de Dios”, “ángeles custodios” o “hermanos mayores”. En las líneas siguientes pretendemos, entonces, descubrir desde el *corpus* de las obras pedagógicas de San Juan Bautista De La Salle y de los primeros Hermanos, la antropología, o en lenguaje más llano y comprensivo para lo que nos ocupa, la visión del niño que ellos tuvieron, la forma de ver y entender a estos encomendados de Dios que se lee entre líneas en sus prácticas y criterios pedagógicos para, así, generar un punto de partida desde el cual podamos

reflexionar, analizar y enriquecer o rediseñar nuestra práctica educativa lasallista actual. Porque sin importar cuántos maestros seamos en las filas siempre estamos en necesidad de encontrar un auténtico lasallista más. Sólo ellos son capaces de realizar el sueño de Dios y de De La Salle. 34

Evolución Histórica de la Concepción Antropológica del Niño

Antes de entrar de lleno en los textos lasallistas, nos ha parecido pertinente hacer un recuento más bien rápido de la manera en que la “idea” de niño ha evolucionado en la historia porque, creemos, es la nueva y radical mirada que hace de la misión lasallista una joya educativa que ha sido y continúa siendo en la historia de tantos pueblos, de tantos hombres y mujeres.

Ya San Agustín (354-430) ofrecía una primera idea de cómo se veían y concebían a los niños en el mundo de la joven cristiandad posterior a las persecuciones. Considerando la idea teológica de que el hombre ha nacido en pecado y hasta “del pecado”, el Padre de la Iglesia declara en sus *Confesiones* que los niños son “la imagen viva del desliz” (Agustín, 2006) como fruto de esta concepción, se comenzó a considerar a los niños como estorbos en la familia, y el abandono infantil así como la delegación de la crianza se hicieron más y más comunes en la época. Estas ideas trascenderán con la generalización de las nodrizas-educadoras hasta el siglo XVIII.

Es de hacer notar la fuerza de estas ideas en el subconsciente colectivo pues los textos sobre la infancia, incluso en el área médica, son muy escasos en la temprana Edad Media y la Pediatría no surgirá como área médica sino hasta 1872.

Hacia la mitad de la Edad Media se consideró a los niños propiedad de sus padres e incluso cargas y yugos para ellos. Se convirtieron en muchos países en moneda de cambio u objeto de uso según el interés familiar (De Mause, 1982).

Ya en la alta Edad Media, hacia el siglo XV, se llega al extremo de interpretar que, ya que somos todos herederos del pecado de Adán desde el nacimiento, el niño es un ente lleno de maldad y defectos. Este pensamiento multiplicó notablemente la aplicación de castigos corporales a los niños y la práctica del abandono infantil. Burke considera que en esta época la maldad era innata y debía ser suprimida a fuerza de instituciones sociales (Burke, 2005).

El predicador español Vives, a inicios del siglo XVI, dice a las madres: “Entiendan que la mayor parte de las malicias de los hombres están en los niños y son vuestra responsabilidad” (Salinas, 1985). Descartes afirma también que la infancia es debilidad de espíritu y que “...en esta etapa encontramos la causa principal de nuestros errores y de nuestra dificultad para aprender las ciencias y representar las ideas” (Newman, 1985).

Los niños, considerados así, malos, pero con potencial utilidad, eran enviados en el norte de Francia y en Inglaterra, por las familias campesinas, a trabajar como sirvientes de familias acomodadas ya desde los 9 años de edad (Gillis, 2004), dejando el trabajo que hacían en la casa familiar a sus hermanos más jóvenes.

En el umbral entre los siglos XVI y XVII encontramos ya un cambio de perspectiva; según declara Plumb (Newman, 1985), en algunas sociedades los niños comienzan a ser

considerados como “adultos en miniatura” y se les hace vestir como adultos, trabajar como adultos, asistir a las mismas fiestas y conversaciones que los adultos, etc.

También encontramos en este cambio del siglo XVII al XVIII la postura de Locke, que se presenta radicalmente distinta a todo lo anterior, al declarar que el infante es una “hoja en blanco” (*tabula rasa*) y no es, por lo tanto, ni bueno ni malo, sino que ha de adquirir siempre la bondad o la maldad a través de experiencias sensoriales.

Hasta aquí llegamos en nuestro recorrido por ahora, pues hemos llegado a la inflexión histórica en que Juan Bautista de la Salle y sus primeros Maestros comenzarán a desarrollar en la práctica y, con los años, a poner por escrito: una manera de educación de “ciudadanos del cielo” y de la patria, que parece basada en concepciones del todo distintas de lo analizado hasta el momento. Estas fueron naciendo acaso de un espíritu que según el mismo De La Salle distinguía y era esencial a los miembros de su comunidad, un espíritu de Fe.

Leyendo entre líneas: El Niño al que se educa en la Escuela Lasallista

Antes de entrar ya de lleno a la propuesta y la perspectiva lasallista, parece conveniente hacer un comentario sobre la situación específica en que éstas tuvieron lugar. En tiempo de La Salle dos corrientes teológicas se erguían en el panorama eclesial francés oponiéndose fuertemente entre sí; por un lado el Pelagianismo, que décadas antes había tenido mucha fuerza y que consideraba la salvación como obra enteramente humana y, en contraparte, el Jansenismo, que tomaba fuerza en respuesta al anterior y que consideraba que la salvación sólo podía alcanzarla quien poseía la “gracia eficaz”, un don de Dios dado o no a las personas desde su nacimiento. Aunque estas son posturas radicales, otros grupos en la Iglesia, como los Jesuitas, eran acusados de vivir y predicar bajo cierta tendencia pelagiana, mientras que el Jansenismo – que en este momento histórico aún no estaba dictaminado claramente como herético (aunque lo será en breve) - atrae a muchos en la Iglesia. El mismo Jansen, su creador, se declara “hijo fiel” de la Iglesia y parece que con su doctrina lo que buscaba era contrarrestar la fuerza protestante demostrando que los católicos también podían apegarse a la Escritura y vivir con radicalidad la fe.

Este Jansenismo tomó mucha fuerza en Francia, obteniendo muchos seguidores entre el alto y bajo Clero. Sus ideas permeaban con facilidad en la idiosincrasia francesa medieval. Sacerdotes y laicos alrededor de La Salle y sus Hermanos, leerían su experiencia desde esta perspectiva. Mientras ante los ojos pelagianos, “los niños nacen libres de cualquier mal y, por lo tanto, no pueden incurrir en culpa moral” (Abercrombie, 1936), Jansen declaraba que semejante idea no podía ser correcta ya que, en su perspectiva, “la inocencia del hombre y la justicia de Dios no pueden estar coexistiendo en un mundo de miserias como el que vemos” (Abercrombie, 1936). Por esto, Jansen considera incluso que los niños que mueren sin haber recibido el bautismo no son inocentes pues, según él (y según San Agustín), la “infelicidad que se observa en la infancia no sería si los infantes vivieran la bendición de la inocencia” (Fraile Miguélez, 2010).

Imaginemos, pues, la escena de un mundo en que aún los recién nacidos son indignos de ser creídos libres de culpa. El Jansenismo declaraba sin tapujos que el hombre “Actúa necesariamente según lo que más le atraiga y deleite” (Abercrombie, 1936) y que, a menos que Dios le diera a tal o cual hombre la no merecida “gracia eficaz”, esta tendencia sería imposible de vencer, aunque fuésemos niños o adultos.

Jansen y sus seguidores llegaban incluso a decir que la comunión y la confesión frecuentes de nada sirven al cristiano (Arnauld) que, carente de la gracia eficaz, seguirá irremediablemente encaminado al pecado (Martina, 1974); en un punto tan concreto como éste veremos a La Salle claramente distante cuando lleva a sus alumnos cotidianamente a misa y les enseña a vivirla con piedad y atención. (De La Salle, 2001).

En un mundo en que todos somos irremediablemente pecadores y la salvación está predestinada sólo para los receptores de una gracia especial, la escuela lasallista se inserta como signo de contradicción, insistiendo en una fe distinta en Dios y en una práctica de fe distinta para los niños. Esto es lo que nos proponemos demostrar.

Pretendiendo encontrar una visión del niño que subyace en las prácticas y los textos pedagógicos lasallistas de los primeros tiempos, nos hemos dado a la tarea de leer el *corpus* pedagógico de La Salle, escrito con la participación de muchos otros Hermanos, para entresacar las prácticas que podrían darnos alguna pista antropológica del niño, sobre todo de aquellos rasgos que resultan distintos de lo que la época y el pensamiento de sus contemporáneos veían en ellos. Creemos que son estas diferencias en la manera de ver, de comprender y, por lo tanto, de tratar y educar a los alumnos, las que permitieron a De La Salle y los primeros lasallistas ser tan significativos para su época y, para las personas a las que educaron.

Hemos optado por respetar en esta sección el sistema de citación que utiliza la versión de la Editorial Pío X de las Obras Completas de San Juan Bautista De La Salle (De La Salle, 2001) pues nos permite ofrecer al lector la posibilidad de una referencia más rápida y exacta. Utilizaremos pues las siglas GE para referir la Guía de las Escuelas y UR para el Manual de Urbanidad y Cortesía para las Escuelas Cristianas. Citamos apenas algunos casos que ayudan a esbozar el tema.

Crítica a la Antropología Lasallista del Alumno

Es innegable que en los textos pedagógicos lasallistas de los primeros tiempos se encuentran con claridad expresiones respecto de los alumnos que, a los ojos del lector actual, pueden resultar difíciles de entender. En las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, el Señor De La Salle habla de los alumnos, específicamente en la Meditación 197, como “masas de carne” (De La Salle, 2001) y menciona también que debido a su edad son “burdos”. Asimismo recomienda a los Hermanos y educadores cristianos a quienes se dirige que tomen los medios necesarios para simplificar las verdades de fe y todo lo que enseñan a los alumnos y buscar los ejemplos apropiados, pues ellos son - dice La Salle - “sencillos y sin educación” (De La Salle, 2001).

Muy acorde a la visión Agustiniana, tan en boga en los días del Fundador, De La Salle considera, en la misma Meditación, que en los niños el espíritu está aún muy ligado a la carne y se irá desprendiendo de ésta con el tiempo y gradualmente. Claramente afirma que el espíritu de los niños no tiene aún “el vigor suficiente para practicar” las verdades del Evangelio (De La Salle, 2001).

Expresiones como las que hasta ahora se han mencionado, y algunas más que podemos encontrar en el *corpus* lasallista, han generado la crítica de Hermanos y estudiosos lasallistas

como Alfredo Morales, en su obra *Ministros de Dios y de la Iglesia* (Morales, 2000) y Miguel Campos en su tesis doctoral *Itinerario Evangélico de San Juan Bautista De La Salle* (Campos, 1974). Ambos hacen notar la negatividad de las expresiones antes mencionadas respecto de los niños y ambos coinciden en justificarlas como expresiones propias del pensamiento de la época del Fundador, de la cultura francesa de ese entonces. 37

Coincidiendo con los Hermanos Morales y Campos, creemos que De La Salle participa de estas expresiones influenciado por su contexto, pero el conjunto de su obra da cuenta de una perspectiva antropológica distinta, de una visión de la persona del alumno que se expresa de una manera coherente a pesar de insertarse en el contexto propio de su época. Esto demuestra que ya desde el Lasallismo primitivo existían una serie de características atribuidas a los alumnos, y una serie de consideraciones en torno a sus capacidades, que resultan radicalmente distintas de las propias de su tiempo. Estas intuiciones forman parte de la piedra angular de un nuevo estilo de educación y de catequesis que hizo sin lugar a dudas del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas una respetada autoridad en el mundo de la catequesis¹. Mucho más importante, estas intuiciones alimentaron el proyecto pedagógico de un grupo de hombres verdaderamente capaces de tocar el corazón de los alumnos para llevarlos a Dios.

Dicho lo anterior y basados siempre en los textos pedagógicos de los primeros tiempos del Lasallismo, afirmamos lo que La Salle y los primeros Lasallistas veían en sus alumnos.

Personas capaces de ser ejemplo para otros

El asunto del testimonio de vida ha sido importante para la teología y la vida cristiana desde los primeros tiempos. Ya el Evangelio mismo advierte de la gravedad de escandalizar a otros y las cartas del Nuevo Testamento nos hablan también de la importancia de una “fe con obras”. Así, La Salle y los primeros Lasallistas encuentran que los niños que educan, estos que Dios les ha encomendado, sean capaces de dar testimonio con su vida y con sus actitudes, que edifique e impresione positivamente a quienes los miran o tratan con ellos. Queda en evidencia esta realidad, por ejemplo, en esta cita hacia el inicio de la Guía: “Se procurará que caminen con tal modestia por la calle en que está la escuela y que esperen luego ante la puerta hasta que la abran, con tal compostura que puedan edificar a los transeúntes” (GE 1,1,4).

Alumnos corresponsables de su proceso y el de los demás

Lejos de la *tabula rasa* que en pasividad espera ser escrita, los niños de la escuela lasallista se conciben como agentes de su propia educación y de la de sus compañeros, una idea que puede sonar hoy clara y obvia, pero que era de absoluta avanzada para su tiempo.

En la escuela lasallista los alumnos más avanzados ayudan a sus compañeros a aprender: “Durante este tiempo –mientras llega el maestro- habrá dos estudiantes encargados por el maestro de señalar en los carteles las letras o sílabas para los alumnos que las están aprendiendo... El que diga los títulos de las oraciones y las preguntas del catecismo corregirá

¹ El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue reconocido incluso por el Papado al darle el título de “apóstoles del catecismo”, así como por la UNESCO al entregarle el premio NOMA; además de reconocimientos recibidos en ferias mundiales y otros eventos de renombre mundial.

al que responde, si no lo hace, el maestro hará sonar la señal y, si los alumnos no saben en qué se han equivocado, hará señal a otro alumno de que corrija” (GE 2,2,9).

38

Y no sólo les ayudan, sino que son capaces de “sacrificar” temporalmente su propio avance para permanecer ayudando como modelo a sus compañeros: “Se pondrán de acuerdo sobre los que podrían ser cambiados pero no sería conveniente en esa ocasión porque conviene dejarlos como modelo para los demás” (GE 3,1,29).

El maestro lasallista de los orígenes, hombre de silencio y compostura, está siempre atento y presente, pero comprende que el protagonista del proceso es el alumno, al grado de que la presencia del maestro ha de pasar, en la medida de lo posible y en los momentos adecuados, desapercibida: “El maestro vigilará cuidadosamente sobre los alumnos todo el tiempo; con todo, sería deseable que los alumnos no se diesen cuenta de esta vigilancia” (GE 8,1,7).

Solidarios y Caritativos

Desde pequeños, los primeros alumnos de las escuelas de La Salle son invitados a formarse en la caridad y en la solidaridad y la justicia social; en la escuela lasallista de los orígenes vemos ya presentes a los hijos de diversos estratos de la sociedad de su tiempo, que si bien rara vez incluye a las clases altas, sí contempla miembros de realidades sociales diferentes, algunos en auténtica pobreza, otros más bien hijos de artesanos con algunas posibilidades; por eso, la *Guía* prevé que “Si alguno lleva carne la dará a los más pobres, de quienes se está seguro, no la tomarán en casa” (GE 2,1,2). Pero tan extraordinaria actitud de compartir y solidarizarse está lejos de ser obligatoria, se cree en alumnos capaces de la solidaridad y la caridad no por obligación o “entrenamiento” sino por opción, ya que: “No se les debe obligar a que den el pan a los pobres, ya que esto es totalmente libre, y deben hacerlo de buen grado y sólo por amor de Dios” (GE 2,1,6).

Incluso en esta situación en que alumnos generosos por opción deciden dar de lo suyo en favor de sus compañeros menos favorecidos, La Salle cree que hay que educarles en la moderación y la criticidad. Afirma que: “El maestro cuidará que no den tanto pan que no les quede suficiente para comer ellos” (GE 6,3,1). Estos parámetros, nacidos del pensamiento crítico de un adulto, son ya propuestos y enseñados a los niños, dejando a las claras la confianza que se tiene en su capacidad tanto intelectual como moral.

Centralidad de la persona

Otra de las características de los alumnos que nos parecen muy comunes y evidentes hoy, pero que ciertamente no lo eran en la época de las primeras escuelas lasallistas, es la atención a la persona del alumno, y ésta en todo sentido. Los alumnos tienen diversas capacidades y habilidades, diversas necesidades también, en lo educativo, en lo económico, en lo material, en atención, en afecto y en muchas cosas más. Esta personalización de la preocupación del maestro por cada uno será un elemento novedoso en la primera escuela lasallista.

Se constata la preocupación por cada uno en el aprendizaje en citas como ésta: “Si hay alumnos que, aunque no lean aún en latín, sean capaces de aprenderlas –las respuestas de la Misa- el maestro cuidará de que las sepan bien y se las hará repasar” (GE 2,2,6); lejos de

limitar o detener a alumnos por razón de edad o de no estar en el proceso indicado, alienta a que aprendan cuanto puedan e invita al maestro a ayudarlos en ello.

39

En lo económico encontramos frases como ésta: “El maestro irá con ellos para repartir lo que hay en el cesto según su necesidad” (GE 2,3,6); esto habla también del profundo conocimiento que debía tener el maestro de la situación de cada alumno. La *Guía* es clara en que ha de evitarse que haya padres que teniendo posibilidad de enviar comida a sus hijos no lo hagan, por lo que el maestro debía conocer la situación económica y familiar de cada alumno y atenderla adecuadamente.

Lejos de la estructura escolar tradicional, en la que cada grado dura un año o período similar y no se puede cambiar en duración, la escuela lasallista de los orígenes practicaba la promoción por logros de aprendizaje: “Cada maestro examinará a todos los alumnos de todas las lecciones y de todos los órdenes de lección para ver quiénes están en condiciones de ser cambiados” (GE 3,1,27).

Exigía al maestro monitorear individualmente el avance de cada muchacho todos los días: “El maestro corregirá a todos, cada día, sin falta” (GE 4,10,2) y, además, pedía al maestro ser considerado en sus correcciones para no abrumar a los alumnos, como evidencia esta cita: “Al comienzo tendrá cuidado de señalarles no más de tres o cuatro defectos –en su escritura– por temor a que se confundan si se les señala mayor número” (GE 4,10,6) y a poner especial atención a quienes lo requieren así: “Vigilará especialmente sobre aquellos que más lo necesiten, es decir, los principiantes y los perezosos” (GE 4,10,9).

Un maestro que conoce a cada uno de sus alumnos a ese nivel será efectivamente capaz de poner en práctica la sentencia de que: “No hay que exigirles más de lo que son capaces ni desalentarlos” (GE 15,6,36); sólo conociendo su capacidad no puede exigírseles nunca más de lo que pueden dar, pero nunca menos de lo que son capaces.

Incluso se les hacen consideraciones individuales en razón de circunstancias externas, como aparece en este texto: “Hay que abstenerse de castigar a los niños que ingresan en la escuela en sus comienzos. Hay que conocer primero su carácter, su índole, sus inclinaciones; al alumno habrá que dejarlo al menos un mes en la escuela antes de castigarlo” (GE 15,6,39).

Agradecidos

Los maestros lasalianos creen, desde sus primeros tiempos, que los alumnos son capaces de reconocer el bien que se les hace en todo sentido. Enseñan a los alumnos a ser respetuosos y agradecidos con sus padres y maestros, y sobre todo con Dios; también les enseñan a reconocer el bien que han recibido de sus compañeros y a retribuirlo en una forma adecuada a sus posibilidades: “El maestro animará a aquellos a quienes haya distribuido las limosnas que pidan a Dios particularmente por sus bienhechores” (GE 2,3,10).

Dignos

La *Guía* forma parte de los textos publicados a inicios del siglo XVIII y prácticas inauguradas a finales del XVII; mucho tiempo falta para que la idea de los Derechos Humanos o los del Niño impregnen las sociedades. Aun así, en la escuela lasallista vemos

reconocida la dignidad de los niños. Además de que se les reconoce su avance y capacidades individuales, se les trata en igualdad: “Los alumnos de los tres órdenes de lecciones leerán juntos, sin distinción ni discriminación” (GE 3,1,9). 40

La figura del maestro popular, tan necesitada de valor social y respeto en la época del Fundador, no evitaba a los Maestros lasallistas aclarar que la actitud pedagógica no va nunca en detrimento del trato a los alumnos, pues afirma que: “La gravedad exterior que se pide al maestro no consiste en presentar un exterior severo o mostrar enfado, ni en decir palabras duras; consiste más bien en mantener la compostura en sus actos y en sus palabras” (GE 3.1.17).

Hay procesos y reglas que cumplir, pero se evidencia que el factor humano es importante y se cuidan las formas: “Antes del día en que se cambie de lección, los maestros tendrán cuidado de prevenir a quienes por cualquier motivo, sea por el bien de ellos o por el de la clase, no pueden ser cambiados y procurarán que esos alumnos queden contentos de seguir en la lección o en el orden de la lección en el que están. Los alentarán incluso con alguna recompensa como encargarlos de algún oficio” (GE 3,1,30-31).

Tres siglos antes de se tratara el *Bullying*, los Maestros lasallistas creían ya en la dignidad de sus alumnos y aclaraban que: “El maestro no tolerará que ningún alumno se ría cuando alguien no sepa responder bien” (GE 9,4,10).

Los educadores lasallistas ven a Dios en sus alumnos, reconocen que es Él el que los ha enviado y por ello entienden que: “Es de necesidad unir la dulzura y la firmeza en la dirección de los niños” (GE 15,0,2), y que: “Hay que tener dureza para exigir el fin y dulzura en el modo de llegar a él y mostrar mucha caridad acompañada de celo” (GE 15,0,2).

Llegado el inevitable momento en que la corrección o hasta el castigo sean necesarios para el muchacho, los Lasallistas consideran a su alumno tan digno que exigen de sí mismos suma caridad y autocontrol y la búsqueda siempre del bien del menor; hablando de esto dicen: “Que en las correcciones no aparezca nada de dureza ni que se manifieste cólera o pasión” (GE 15,0,22), “Que se vea que si el maestro reprende, lo hace movido por cierta necesidad y que actúa conforme al celo por el bien común” (GE 15,0,23).

Tan claro queda que no se castiga o reprende a los niños por enojo del maestro, sino por el bien del alumno, que encontramos reglas como ésta: “No hay que castigar a niños que por ser muy pequeños, su uso de razón no les permitirá sacar provecho de ello” (GE 15,6,38).

Contextualizados

Los Lasalianos saben, ya desde los orígenes, que los alumnos pertenecen a un contexto dado y que a éste ha de responder su educación. Encontraremos en la *Guía* aclaraciones respecto de cómo proceder con alumnos que se ven en necesidad de trabajar, de qué clases se deben excusar a aquellos que tienen la responsabilidad de ayudar a su familia, etc. Encontramos incluso otra noción de modernidad educativa, la importancia de la aplicabilidad del aprendizaje, como vemos en esta expresión de la misma *Guía*: “El modo de enseñarles la escritura será mandarles copiar textos manuscritos, sobre todo cosas que les será útil aprender a redactar y que podrán necesitar en el futuro” (GE 6,0,1).

Espirituales

41

La espiritualidad y la oración son también importantes para los primeros lasallistas. Como hemos dicho antes, reconocen a Dios en sus alumnos y los consideran encomienda suya, pero, al mismo tiempo, se ven ellos mismos como medios de Dios para acercar a los niños a él y es, por eso, que la escuela lasallista es también escuela de oración y centro de espiritualidad en todo sentido y nivel, desde las prácticas más sencillas, como la que dice que: “Durante todo el tiempo de clases habrá dos o tres alumnos de rodillas que reciten el rosario” (GE 7,1,3), o que: “A cada hora se harán breves oraciones que ayudarán al alumno a habituarse a pensar en Dios de vez en cuando durante el día y disponerlos a ofrecerle todas sus acciones” (GE 7,1,4), hasta llevarlos a vivir experiencias espiritualidades para que sean capaces de trascender los actos declaradamente religiosos e impregnar así todo el estilo de vida de su persona. La Salle se manifiesta convencido de que sus alumnos son capaces de esta espiritualidad transformadora y por ello escribe en el último libro de sus cursos de lectura que: “Todas nuestras acciones externas [...] deben tener siempre y llevar en sí mismas el carácter de virtud” (RU 0,0,3) y recomienda a los educadores: “Cuando deseen llevarlos a las prácticas externas que tengan por objeto la compostura del cuerpo y la simple circunspección cuidarán de moverlos a ello por motivo de la Presencia de Dios” (RU 0,0,6).

Capaces de discernimiento moral

Hasta ahora hemos encontrado en La Salle y los primeros maestros lasallistas una visión distinta de la generalizada en su tiempo y lugar, innovadora, abierta, pero en el punto que ahora nos ocupa hemos tocado un nuevo límite. La mentalidad de los cristianos en la época del Fundador dudaba mucho de la capacidad de discernimiento moral recto, incluso de los adultos, de creer que los niños son capaces de él. Para su época educar a los niños en el discernimiento no formaba parte de las preocupaciones explícitas de la escuela cristiana; sin embargo, lejos de moralizar y hacer del de su escuela una guía para la vivencia cristiana, el Lasallismo invita a los maestros a no dogmatizar respecto de lo moral y les dice que, como educadores, deben tomar en cuenta que: “Nunca determinarán nada como pecado mortal o venial. Sólo deberán decir: esto ofende mucho a Dios; es un pecado importante, trae malas consecuencias, etc. Cuando lo considere así” (GE 9,3,6).

Es consciente de que la recta conciencia y su formación, requieren de sólidas bases y dedica a ello la redacción de manuales adecuados, el establecimiento de tiempos y estructuras, así como lineamientos para los educadores: “Los maestros cuidarán tanto de la instrucción de todos sus alumnos que no dejarán en la ignorancia ni a uno sólo, al menos en las cosas que el cristiano está obligado a saber, tanto respecto a la doctrina como respecto a la práctica” (GE 9,3,10), buscando una progresiva toma de responsabilidad y de conciencia de los alumnos respecto de su propia vida cristiana.

Enseña a los alumnos avanzados que todas las acciones del cristiano y, por tanto, de los alumnos, deben ser santas y realizadas por motivos puramente espirituales (cf. RU 0,0,2) y les inculca el triple mandamiento del amor: el amor a Dios, al prójimo y a uno mismo, como parámetro de identificación y de discernimiento moral, aún en las cosas más sencillas y cotidianas: “Es cosa llamativa que la mayoría de los cristianos sólo consideran la urbanidad y la cortesía como una cualidad puramente humana y mundana y no piensan en elevar si espíritu más arriba. No la consideran como virtud que guarda relación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos” (RU 0,0,1).

Capaces de comprender, optar y asumir consecuencias

La Salle y sus maestros reconocen en sus alumnos la capacidad de actuar en libertad y de asumir consecuencias, capacidad que no era fácilmente reconocida por las corrientes morales de la época y, mucho menos, como factor a propiciar, en visiones de los niños como “hojas en blanco” o como “estorbos” o “tendientes al mal”.

Encontramos esfuerzos para educar a los alumnos en la libertad, en el respeto a las reglas y en la asunción de consecuencias; por ejemplo: “Cuando el maestro haya amenazado a los alumnos con algo, si alguno incurre en la falta por la cual el maestro había amenazado, éste debe castigar y no perdonarlo” (GE 15,1,3); pero aclara que el alumno debe entender previamente aquello que se le ha pedido o prohibido: “Las amenazas deben realizarse bajo ciertas condiciones, que sean claras” (GE 15,1,4).

Exige que si los alumnos han de ser castigados ha de hacerse con justicia, de manera que el alumno pueda comprender la razón por la que se le castiga y la relación del castigo con la falta en términos de su educación o de reparación. “[El Castigo] debe ser justo, ha de analizarse que el motivo es realmente una falta y merece tal castigo” (GE 15,3,3); “[el castigo] debe ser proporcionado y adecuado, así como existe diferencia entre la falta cometida por malicia o por obstinación y la falta cometida por debilidad, así también debe haber diferencia en los castigos con que se sancionan” (GE 15,3,5).

Llega incluso al grado de decir que, aún el castigo “...debe ser voluntario y aceptado por el alumno, se ha de procurar que lo acepte libremente, haciéndole reconocer que lo merece, ponderándole la gravedad de su falta, la obligación que tiene de repararla y el grave perjuicio que se causa a sí mismo y a sus compañeros con el mal ejemplo” (GE 15,3,10), aspecto que, de practicarse, resultaría un gran avance incluso para muchas escuelas y sistemas educativos actuales.

Y, como se ha mencionado antes, el respeto a la persona y el trato cariñoso de dignidad no ha de perderse nunca, ni siquiera en estas situaciones en que hacer vivir las consecuencias de los actos reprobables parece necesario; es así que en la escuela lasallista se practica que: “Algún tiempo después de que el alumno haya recibido el castigo, el maestro lo llamará junto a sí, cuando juzgue que ya se ha calmado del todo, le hará recapacitar con dulzura y pedir perdón” (GE 15,6,20).

Y nunca se cierran definitivamente las puertas. Los alumnos son tan capaces de optar, de vivir su libertad, de aceptar sus consecuencias y de aprender de ellas que “...a un alumno que fue expulsado y pide entrar de nuevo en la escuela, se le admitirá siempre que haya esperanza de enmienda” (GE 24,4,18).

Conclusión

Se dio inicio al presente trabajo con un planteamiento, el de ayudar a nuestros maestros a descubrir la esencia de la práctica educativa lasallista, el de ayudarles, de una forma muy práctica y clara, a reflexionar sobre su ser y quehacer docente y lasallista.

Hemos intentado hacer un abreve memoria histórica de la evolución que el concepto de niño ha tenido hasta los tiempos del Señor De La Salle y de la nueva visión que él mismo y sus primeros colaboradores generaron, aquella que aún hoy inspira y alimenta nuestra acción. 43

Es verdaderamente esperanzador el descubrir educadores de un siglo en que se consideraba a los niños como pizarras vacías, adultos miniaturizados o seres influidos por el mal, darse cuenta y generar una forma de educar que los revaloriza, que restaura su dignidad y les mira como hijos de Dios, capaces de ser y dar ejemplo, de decidir, de aprender, de optar, de solidarizarse. Muchas de estas características aplicadas a los niños hubieran parecido tontería o locura en su época y, sin embargo, demostraron su realidad; pensar y vivir a los niños así empoderó a nuestra educación para tocar mentes y corazones. De la misma manera hemos de sentirnos hoy invitados a releer nuestros conceptos y rediseñarlos desde la mirada de fe, propia del espíritu del Instituto. También hemos de sentirnos invitados a analizar nuestras prácticas y ver si aún consideran las verdades que descubrimos hace siglos y si han acogido ya otras que el camino y la experiencia nos han aportado.

Conscientes de que nuestros tres siglos de historia no han pasado en vano, de que mucho ha cambiado en el ámbito de lo educativo y en todos los demás, de que hemos entrado en contacto con muchísimas culturas y ambientes, creemos que hay un tesoro a conservar en la tradición lasallista. Un tesoro que va más allá del nivel académico, de las acreditaciones de calidad escolar, de los sistemas educativos de cada país y de cualquier otra realidad; un tesoro que, por dirigirse al corazón mismo del hombre, lo trasciende todo.

Los primeros lasalianos establecieron una escuela diferente, y no fue la el lugar en que se estableció o los signos externos que pudieran portarse lo que marcó la diferencia; fue el trato a los alumnos y las prácticas educativas, nacidos ambos de una forma distinta de ver, de entender, de vivir y convivir con los muchachos. Una visión nacida del Espíritu de Fe, una visión Lasallista. Y, si La Salle hoy somos nosotros, habremos de retomar nuestro tesoro para seguir tocando corazones, porque mientras no los toquemos, los letreros, las estatuas y las historias no nos harán lasallistas.

El presente trabajo quiere ser un inicio, una toma de conciencia. Sólo si alguno de sus lectores se siente animado a acercarse de nuevo al Santo Fundador y a sus textos, sólo si alguno quiere de nuevo repasar la historia lasallista, sólo si alguno se anima a analizar su propia práctica educativa y la de su institución y a compartir esta reflexión y a analizar su visión, su antropología del alumno, y a contrastarla con la del Santo Fundador y los Primeros Lasalianos... si esta reflexión sencilla sirve de inicio para un cambio de práctica, para un cambio de perspectiva, para tocar un nuevo corazón, habrá valido la pena.

Referencias

Abercrombie, N. (1936). *The Origins of Jansenism*. Oxford.

Agustín, S. (2006). *Confesiones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Arnauld, A. (n.d.). *De la Fréquente Communion*. Paris.

Burke, E. (2005). *Indagación Filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo Bello y lo Sublime*. México: Alianza.

Campos, M. (1974). *Cahiers Lasalliens 75 y 76: Itinerario Evangélico de San Juan Bautista De La Salle*. Roma: Hermanos de las Escuelas Cristianas.

De Mause, L. (1982). *Foundations of Psychohistory*. New York: Creative Roots Pub.

De La Salle, J. B. (2001). *Obras Completas de San Juan Bautista De La Salle*. Madrid: Pio X.

Fraile Miguélez, M. (2010). *Jansenismo y Regalismo en España*. Guadarrama: Agustiniana.

Gillis, J. (2004). *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations 1770-Present*. New York: Academic Press.

Martina, G. (1974). *La Iglesia: de Lutero a nuestros Días*. Madrid: Cristiandad.

Morales, A. (2000). *Ministros de Dios y De la Iglesia, Meditaciones de San Juan Bautista De La Salle para Educadores Cristianos*. Santo Domingo: Cano.

Newman, N. &. (1985). *Desarrollo del Niño*. México: Limusa.

Salinas, C. (1985). *La Vida Privada, Conquista Moderna*. Santiago: Internacional Chile.